

Adentro tampoco hay luz

Leila Sucari



Leila Sucari



Adentro tampoco hay luz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Leila Sucari, 2017
© Tusquets Editores, S. A., 2017
© de esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición impresa en Argentina: agosto de 2017
Primera edición impresa en España: febrero de 2019
Depósito legal: B. 1.097-2019
ISBN: 978-84-08-20479-4
Composición: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

TEMPORADA DE MORAS

1

En el asiento de atrás hacía un calor insoportable. El viaje fue largo, me quedé dormida después de mirar por la ventana durante horas. Tuvo que despertarme el chofer, adentro no quedaba nadie. Afuera todo era campo y el sol del mediodía me hacía doler los ojos. La abuela no estaba. El colectivo se alejó por una ruta angosta y tuve miedo de quedarme sola para siempre. Me senté a esperar en la banquina. El alfajor que mamá me había guardado en la mochila estaba derretido. Chupé el papel y me ensució los dedos.

Al lado mío había una familia de girasoles muertos, los pájaros aprovechaban para comer los gusanos que se juntaban entre las flores. Cruzando la ruta, un caballo flaco masticaba tierra. Se le notaban los huesos y estaba atado con alambre a un poste de luz. Me acosté y me puse a hacer pelotitas con pasto y saliva. En un momento aparecieron los pies de una mujer. Tenía las

uñas rojas y las ojotas llenas de barro seco. Levanté la vista, el reflejo del sol no me dejó reconocerla. Ella también tardó en darse cuenta. Se quedó ahí parada sin hablar. Al rato sacó un repasador y se secó la frente. Vamos, dijo.

La casa no es como mamá me contó. No hay perros ni camas marineras. Unos bichos horribles me persiguen por todos lados y se me pegan al cuerpo. La abuela dice que la humedad los tiene a calzón quitado. Cuando llegamos, mi prima dormía. Ahora desayuna carne. Mastica con asco mientras la abuela le clava la mirada en los dientes y revuelve un mate lavado. Yo no quise comer, les dije que me había llenado con el alfajor.

Mi prima es hermosa y quiere ser vegetariana, pero la abuela no la deja. La obliga a comer carne y ella se traga las lágrimas y escupe sin que nadie la vea. Cuando crezca me gustaría ser como vos, le digo, y la abuela me pega con el repasador de flores. Me quiere fea y carnívora para no sentirse tan sola.

La abuela aplasta las bolsas que cubren la mesa, las hace un bollo y las tira al tacho de basura. Mi prima se levanta y se mete abajo de la ducha. En la cocina, la abuela tiene una colección de frascos de vidrio, dice que después de la siesta me va a enseñar a hacer dulce. Vos andá al cuarto con tu prima, si la escuchás llorar

no te preocupes, le gusta armar escándalo para llamar la atención. A veces le pega una que otra piña a la pared pero al final se cansa y duerme hasta la noche de corrido.

Dejo las zapatillas sucias afuera y me acuesto en el colchón que hay en el piso. Odio las siestas, le hago caso porque mamá me lo pidió mil veces, igual no pienso dormir. Mi prima entra envuelta en una sábana mojada, tapa la luz que entra por la ventana con una tabla de madera y me da la espalda. No llora, ni nada. Se queda el día entero acostada, por eso la abuela cree que está enferma y que tiene que comer toda la carne del mundo.

Tardé menos de una semana en aprender los nombres de los árboles. Hay tres eucaliptos, una higuera gigante, pomelos, moras, un nogal y otros largos y flaquitos que la abuela les dice yuyo del diablo porque crecen por todos lados. Al sol no pude aprovecharlo porque llovió desde el segundo día. La abuela dice que nunca vio caer tanto sorete de punta. Yo le digo que en la ciudad decimos suerte, pero no le interesa y sigue diciéndolo mal.

Desde que llegué al campo me despierto todas las madrugadas con el grito del gallo. El pobre extraña a sus hijos. La abuela es una vieja mala que se los roba. Dice que no tiene hambre pero en realidad guarda espacio para los pollitos. El otro día la vi matar a un recién nacido. Le quebró el cuello y se metió el cadáver en el pelo para disimular. Los dos eran de un rubio exagerado. Cuando escucho que el gallo empieza a

cantar, me tapo los oídos e intento seguir durmiendo. Pero es imposible, es un animal exigente. Y lo peor es que no pierde la esperanza. Insiste con los gritos aunque nunca le hayan devuelto una sola pluma.

La abuela se despierta con un aliento inmundado. Me prepara leche tibia con pan mojado. Después toma mate con la vecina y se dedica a hablar mal de mi prima. Cuando me abraza me tapo la nariz para no sentirla. Creo que se está pudriendo de a poco. Un día va a ser una uva seca y las gallinas la van a picotear.

Mamá dijo que en dos semanas venía a buscarme. Ya pasó un mes y todavía no sabemos nada. Al principio me gustaba que no volviera, ahora me cansé de tantas vacaciones. La abuela dice que me acostumbre porque no está en los planes de nadie que vuelva a la ciudad. Pero yo no quiero vivir acá, extraño mi casa y además el campo a la noche no me gusta. Es demasiado oscuro.

Hoy nacieron tres pollitos, todavía no tienen plumas ni ojos. Son horribles pero la abuela está contenta. Mientras lava los platos salgo sin hacer ruido y busco en el gallinero los huevos que quedaron. Encuentro sólo uno. Está caliente y manchado de caca. La gallina que lo cuida intenta picotearme las uñas pero le doy con un palo en la frente y escondo el huevo en mi remera. Me mira atontada y se resigna sin pelear, es una mala madre.

Vuelvo a casa y lo pongo en la almohada de la abuela, entre la funda y el relleno. Cuando se acueste a rezar se le van a reventar las ideas. Como cree en dios, va a pensar que es un castigo divino. Imagino su cara arrugada, la cáscara quebrándose en la cabeza y el pelo amarillo pegoteado en la sábana blanca. Lo hice para que aprenda. Nunca más va a matar a los hijos del gallo, va a ser una señora gorda y suave que nos lleve

el desayuno a la cama. Mi prima lo va a agradecer y me va a contar el secreto para ser como ella. Vamos a ser una familia de mujeres felices que comen lechuga.

Voy a la cocina con la excusa de tomar agua. La abuela sigue lavando. Habla sola mientras le pasa la esponja una y otra vez al mismo plato. Dice que me vaya a la cama, que no son horas de andar dando vueltas. Le digo que sí y le beso los dedos. Qué lindas uñas, abu. Se le escapa una sonrisa. A dormir, nena, que es tarde.

Espero con los ojos abiertos. Mi prima duerme en el piso desparramada sobre un acolchado viejo. Al rato escucho un grito de la abuela. Sus palabras retumban en las paredes mientras se acerca a nuestro cuarto. Me hago la dormida. La abuela entra y dice pendeja malcriada. Le habla a mi prima. Entreabro los ojos y veo su cuerpo gigante que se tambalea de la bronca. Mi prima la mira con cara de china y no le dice nada. Pienso que la abuela va a matarla, pero no. Se agarra el pelo de paja y escurre los pollitos líquidos sobre el acolchado. Después cambia el tono de voz y le dice que salga de la habitación. Mi prima balbucea y obedece. Yo transpiro debajo de la frazada. Tengo miedo pero no me animo a decir la verdad. Siento la garganta llena de plumas que me pinchan.

Mi prima pasó la noche cortando el pasto con una tijera, ese fue su castigo. Yo no pude dormir, me quedé inmóvil respirando la humedad de la habitación. Volvió a la madrugada, pálida, con las uñas llenas de tierra y la tijera negra apretada contra el pecho. Nos miramos con vergüenza y se acostó. Su cuerpo largaba un vapor suave que olía a pasto mojado. Tuve ganas de besarle los dedos y de pedirle perdón, pero no me animé. Me levanté despacio, temblando de susto, y corrí descalza al gallinero. No había más huevos.

Junté un puñado de margaritas y sorprendí a la abuela en la cocina. Me sentó sobre sus piernas con un tazón de leche caliente. La nata flotaba como una isla de mocos. La miré fijo durante un rato largo. Quería tragarla con la vista, que desapareciera. Estás ensoñada, dijo la abuela, y me besó la frente. Tenía los labios secos y fríos. Se quedó pegada a mi piel, como querien-

do absorberme las ideas, y adivinó que volaba de fiebre. Pero no era fiebre, ardía en un delirio de culpa y emoción. Mi prima era hermosa y se había roto las uñas por mí.

La abuela me armó una cama en la cocina. Puso cartones en el piso, después un acolchado grueso y sábanas blancas. Cubrió todo con flores de lavanda recién cortadas. Dijo que tenía que estar ventilada y lejos de mi prima. Pasé el día durmiendo. De vez en cuando abría los ojos y veía sus tobillos desnudos ir y venir. La abuela tenía las uñas pintadas y miles de venas violetas que parecían a punto de explotar. Eran ríos que hervían y hacían fuerza por liberarse de su cuerpo gordo y pesado. Quise apretarle los pies hasta romperlos y llenar la casa de su líquido. Pero me sentía muy débil y apenas llegaba a rozarle los talones. La abuela se agachaba con torpeza y me besaba, creía que le hacía caricias desde mi lecho de muerte.

Me desperté transpirada y con una rama de lavanda debajo de la lengua. Estaba todo oscuro y se oían los ronquidos de la abuela. Eran el motor agitado de un camión viejo a punto de fundirse. Me tragué el remedio casero y caminé en puntas de pie hasta la caja de herramientas. Mi boca tenía sabor amargo. Escondí una pinza debajo del camisón y me encerré en el baño. Giré varias veces el pico quebrado de la canilla

y el agua empezó a correr. Estaba helada. Tapé el agujero de la cañería con papel higiénico, hundí la cabeza y conté hasta que la bañera se llenó. El frío me endurecía el cuerpo, me hacía sentir fuerte. Cerré los ojos y volví a hundirme.

En casa me gustaba darme baños de inmersión, hacer burbujas y escupir el agua contra los azulejos. Cuando hacía eso, mamá tiraba una moneda y pedía un deseo. Nos reíamos juntas hasta que yo me emocionaba demasiado y le empapaba el vestido. Entonces se enojaba, sacaba el tapón de la bañera y me mandaba a mi cuarto. Por un momento la extrañé. Quise estar en casa, mirar la tele en su cama y comer hamburguesas con papas fritas. Pero recordé las noches que me dejaba sola para ir a esas reuniones eternas y su obsesión por hacerme aprender de memoria los chacras del cuerpo humano; y me dio bronca. Entonces el deseo lo pedí yo: que mamá no vuelva nunca.